

*Vidal de Nicolás es presidente del Foro de Ermua.*

Buenos días a todos y bienvenidos a este acto democrático. El Partido Nacionalista Vasco ha producido antes de ayer o ayer un episodio, en su larga carrera de despropósitos, cambiando la lírica por la ética. Aquí en la Plaza de Albia, ellos metafóricamente convirtieron en monte, se echaron al monte. Cantaron canciones bélicas, el 'Eusko gudariak', y el jefe de la tribu, le estuve observando como cantaba y no tiene nada que ver con la tradición coral de nuestro pueblo.

No es necesario conocer los arcanos de la política vasca para vaticinar el peligro de la secesión que se nos avecina. Los esfuerzos del Lehendakari por convencer de las bondades de su proyecto de soberanía compartida a los interlocutores extranjeros ha resultado un fiasco total. Los empresarios indígenas no han sido más benévolos con él, sólo algunos de estos empresarios que navegan en el mismo barco independentistas parece que afrontan la mas que posible tempestad devastadora con ánimo confiado, la fe mueve montañas. Pero los hechos suelen ser muy testarudos a la hora de hacer cuentas sobre los proyectos por muy ilusionantes éstos que parezcan al autor.

Las sociedades modernas se asientan esencialmente sobre la economía y ésta a su vez tiene su base operativa en la concurrencia de los mercados, en la fiabilidad de los recursos monetarios, en la productividad y en algunos elementos aleatorios entre los que no es el menos desdeñable el rumbo político de las naciones y de los partidos políticos que las conforman. El Lehendakari, el PNV y los nacionalistas en general, con la extraña adherencia de Izquierda Unida - Esker Batua, han hecho una apuesta enormemente comprometida en lo económico y sencillamente absurda en lo que se refiere a la inserción de Europa y un pequeño país que rompería los esquemas todos del proyecto europeo unitario. Esta apuesta de tahr enloquecido no tendría de su parte a todos los vascos que sólo nos sentimos cómodos y seguros al amparo del sistema constitucional que aceptamos compartir en 1978.

Fuera de las normas fundamentales del Estado de Derecho nos sentiríamos a la intemperie en un país este nuestro que sigue enfrentado todavía al terrorismo más demencial y cruel de todos los que ha conocido la historia reciente.

Invito a los amigos que me escuchen a que imaginen la puesta en escena del proyecto del señor Ibarretxe. Un día la población de este país, la que se conoce en el lenguaje restringido y unidireccional del nacionalismo obligatorio como el pueblo vasco, se despierta asombrado por el anuncio a través del aparato mediático abertzale de que desde este momento Euskadi o Euskal Herria se declara República Independiente Vasca y que este acontecimiento ético, estaría ilustrado musicalmente por el estruendo de las txalapartas mientras en el cielo de la paz y la recién liberada de los imperialismos español y francés ondearía una ikurriña inmensa, desaparecerían de los quioscos todos los diarios españoles y sólo gracias a Deia y a Gara nos enteraríamos del feliz surgimiento, por primera vez en la historia, de una patria nueva, gloriosamente rescatada de la esclavitud de siglos. A este respecto véase la letra del 'abrabansón', que

es el himno nacional belga.

Ese mismo día, o quizá 2 más tarde, los presos vascos, nuestros presos, saldrían de las mazmorras españolas y se incorporarían a la vida civil o tal vez militar, ahorrando así a los municipios regidos por ediles abertzales el subsidio que se ven obligados a pasar todos los meses a los reclusos y a sus familiares. Vendrían más tarde los carnés de identidad vascos que naturalmente de destinarían a identificar a los vascos puros, a los del RH negativo, los maquetos obviamente tendrían también una tarjeta de identificación, pero en ella constaría de forma ostensible su condición de tales, con objeto, y perdóneseme este aforismo rudamente español, de que no aparecieran mezcladas churras con merinas.

Empezaría más tarde, porque estas cosas llevan algún tiempo, la marcha atrás de nuestra historia hasta reencontrarnos con el siglo XIX, cuando los vascos no bailaban a lo agarrado como ahora y cuando nuestras costumbres, aunque rudas, no estaban contaminadas por los vicios que nos llegaban de Madrid. El folclor sería una de las terapias más activas para llevarnos a esa arcadia feliz donde en Euskal Herria no existían ricos ni pobre y los curas nos enseñaban en la lengua vernácula a resistirnos al pecado que nos llegaba desde el otro lado de la muga. Vestiríamos a los niños de baserritarras y arrantzales tal como lo retrataba ingenuamente Arrue, aquel dibujante pintor de lo vasco. Ay aquellos paisajes idílicos fuera de las praderas eclesiales con los aldeanos que llevaban el paraguas en bandolera frente a la puerta de la iglesia donde el párroco, con el libro de oraciones en la mano, sonreía beatificadamente a sus fieles en los que no cabían ideales más elevados que los de ganar en sus partidas de mus, sacarle el mayor partido posible a su pequeño huerto donde crecían las perlas convertidas en vegetales heráldicos de la agricultura indígena, las judías, las patatas y el maíz, plantas estas dos últimas provenientes de América, ¿qué le vamos a hacer? donde los vasquitos junto con los demás españoles conquistaron con las armas en la mano las tierras que ocupaban los indios. Aunque los vascos de pata negra, es decir, los nacionalistas, se excluyan de la conquista y digan que fueron los españoles los que practicaron la violencia inherente a todas las conquistas armadas, lo cierto es que no hay más que echar mano de la historia para ver las largas nóminas de apellidos de rancio abolengo vasco y comprobar que la falsa inocencia es sólo eso, falsa.

Pero vuelvo a la historia que me traía yo con las independencias, las soberanías compartidas, los autogobiernos y los separatismos diversos. Si lo que Dios no quiera, los nacionalistas se salieran con la suya y de paso sin la nuestra, y lográramos rodearnos de una muga inexpugnable para que no nos saliéramos los de dentro y no nos entrarán los de fuera, el paseo por nuestra república iba a ser de un aburrimiento mortal. Al menor descuido, sacábamos el pie del felpudo. Sin los Alicante, los Sotograndes, las Marbellas, los Almuñécares, las Granadas, los Picos de Europa y un largo etcétera de agradables refugios veraniegos, los vascos que nos quedáramos de la parte de dentro nos íbamos a aburrir mucho. En el caso de que la Rioja Alavesa no se declarase a su vez independiente y nos quedaran sus deliciosos caldos, nos tendríamos que pasar gran parte

del día jugando a las cartas y bebiendo vino porque los socios culturales serían más bien escasos y monótonos. Los aficionados a la lectura tendrían que prescindir de eso que llaman el Siglo de Oro, con los Garcilasos, los Quevedos, los Cervantes y toda esa gente de Madrid y para recurrir a los clásicos de la literatura euskérica tendríamos que aprender esa lengua vernácula y total, no iba a merecer la pena, porque nos los leeríamos en una tarde y ¿qué hacemos luego?.

No, el panorama de un país que quiere quedarse sólo bailando el auresku en vez de en Europa, no es excesivamente alentador y eso sin contar con que el proyecto del señor Ibarretxe nos habla de lo bien que íbamos a vivir pero no nos dicen nada de lo mal que podíamos morir si sigue rondando por ahí esa banda de chacales que nos quieren liberar *manu militari*. Decididamente, a mí y a muchos vascos de antes de la guerra no nos tiente ni un poco el proyecto del señor Ibarretxe, digo más, no nos gusta ni nos tiente el señor Ibarretxe y como él y sus correligionarios dicen de la convivencia española, les acatamos democráticamente pero no les tenemos ningún respeto, ideológicamente hablando, claro.